

# Desde la perspectiva de lo eterno

Finalmente terminó mi jornada de trabajo en el hospital, mientras regresaba a casa, pensé en los estragos de esta terrible pandemia. Los medios de comunicación informan a diario los millones de infectados en el mundo por COVID – 19. Como médicos, tuvimos que reajustar nuestros roles de trabajo, redoblar esfuerzos para cubrir las vacantes hospitalarias, colegas externos se unieron a nuestros pabellones solidariamente mientras la cantidad de pacientes asciende de forma estrepitosa.

Estacioné mi auto en el sitio habitual, baje con prontitud y en la entrada de la casa, retiré mi ropa con cautela, tomé una ducha rápida y cene algo ligero. Me sentía extenuado, por fin mis músculos se relajaron pues la tensión persistente duplicaba el esfuerzo habitual. Me recosté sobre un viejo sofá de la sala, sentí como mi cuerpo se hundía lentamente sobre las cálidas fibras de algodón y cerré mis ojos. Caí con suavidad en el mundo de los sueños.

Observé un espacio oscuro y misterioso con una puerta en el fondo, me acerqué con precaución y pude ver una ventana rectangular sobre la puerta, me acerqué aún más, impulsado por una enérgica curiosidad. Al observar el lado opuesto, reconocí el lugar de forma instantánea, era mi sitio de trabajo, la sección hospitalaria de cuidados críticos. Al mirar con mayor atención vislumbré algunos rostros conocidos, todos realizaban sus tareas habituales, imperaba la concentración y el trabajo arduo. Entré a la habitación con sigilo, nadie parecía percibirme, intenté hablar con algunos, pero ninguno respondía.

Me percaté de un movimiento intenso en el área, en particular un paciente acaparaba la atención del equipo médico, múltiples monitores y catéteres tenían el objetivo de supervisar aquellas débiles constantes vitales. Ajustes en las soluciones, maniobras ventilatorias, potentes sedantes, antibióticos de amplio espectro, el mejor manejo posible. A pesar de todo, algo parecía no ser apropiado. Traté de ser cuidadoso con los detalles, no encontré anormalidad alguna, cada cosa estaba en su lugar.

Recorrí la habitación continuando mi indagatoria cuando de pronto observé algo insólito. Un escalofrío recorrió mi ser de forma instantánea, sentí una intensa opresión en el pecho y mi corazón latía a un ritmo desenfrenado. Aquel individuo a punto de perder la vida era yo mismo. Estaba consternado, no entendía la situación. Examiné nuevamente los monitores advirtiendo una ausencia de signos vitales. Los médicos y enfermeras se abalanzaron sobre mi cuerpo para intentar resucitarlo. Pude ver cómo me sacudía con cada compresión mientras todos se movilizaban para tratar de hacer un orden de aquel caos, no lo lograron. Desorientado ante lo sucedido, busqué respuestas a mi alrededor, son los estragos de la pandemia, escuché mencionar. Ahí estaba yo, frente a mi propia muerte, aquella a la que tanto temía, tan irreal y tangible a la vez. Me detuve por un momento, constaté su existencia, casi podía escucharla, murmuró determinante: he vencido.

Reflexioné al sentirme derrotado en ese espacio inverosímil, vino a mi cabeza el inicio de esta tragedia, aún están presentes el miedo, la incertidumbre, la frustración. ¿Quién está preparado para

tanto infortunio? Si tan solo pudiera regresar el tiempo y huir del momento en que me incorporé a esta batalla, tomar mi armamento y alejarme, encontrar un lugar seguro. Por un momento fue mi anhelo estar a salvo, pero ¿de qué sirve mantenerse indemne si se es cautivo del miedo? Quise renunciar a mi misión, pero ¿bajo qué fundamento se sustenta una vida en la que se ha perdido el cometido? A pesar del vendaval decidí no desertar, determiné continuar con mi tarea imperturbable, con responsabilidad, sin dar un paso atrás. ¿Esperaba algo más de mi la vida?

Impugné la afirmación de la muerte, esta vez no fue victoriosa, consumir la vida no es suficiente para ser vencedor en esta contienda. Quien muere con honor y dignidad merece el privilegio de la eternidad. Aquel que se aferra a su misión incólume, mantiene por siempre la esencia de su valor y entereza, trasciende los confines de su existir.

Desperté agitado, tardé unos segundos en orientarme tras aquel encuentro atroz. Respiré profundo y volví a dormir, en unas horas más regresaría a mi puesto.